

co. La razón de esta traslación fue que habiendo entrado Heredia, a principios de 1542, reclamando el territorio vertiente a la Costa y al gran río del Darién, Cabrerá, como teniente de Belalcázar, creyó prudente volver a la hoya del río Cauca, estimando que este río pertenecía a Belalcázar y para evitar cuestiones con Heredia.

Antioquia es la sección de la República donde menos interés se ha tomado para averiguar la historia antes y al tiempo de la Conquista y la Academia de Historia es la llamada a llenar este vacío.

---

## LA REVOLUCION DEL GRAL. CORDOBA

Hace cuarenta años que yo prestaba a mi padre, el Dr. Hermenegildo Botero, servicios ocasionales de amanuense. Debido a esto, mi padre me dictó una carta referente a un asunto histórico de mucha importancia, con el propósito de dirigirla a uno de sus amigos. No recuerdo si éste era el Dr. Manuel Uribe Angel o D. Víctor Gómez, pues me parece que de ambos me habló; pero juzgo que debió ser el segundo de estos señores, porque mi padre pedía rectificaciones que aquél, por ser más anciano que el Dr. Uribe, estaba en más capacidad de hacerlas.

Ordenando unos papeles de mi padre, di con el borrador de la carta a que he aludido, y en la sesión que celebró la Academia Antioqueña de Historia el 12 de Octubre último, lo leí como humilde obsequio a ésta y como homenaje a la, para mí, muy amada memoria del autor, cuyo centenario se había conmemorado religioso y privadamente.

A continuación se publica la carta, por haberlo dispuesto así el Sr. Presidente de la Academia.

Medellín, Mayo de 1919.

C. B. G.

—  
Mi respetado amigo:

Ud. que tanto apetece la exactitud de las noticias históricas, no llevará a mal que yo le hable de mis recuerdos, tal vez infieles, acerca de algunos acontecimientos ocurridos en la antigua Provincia de Antio-

quia, cuyo territorio forma hoy el de nuestro querido Estado del mismo nombre.

Excusado creo decirle que al hablar de esta importante sección de nuestro país, tal vez le impongo la tarea de rectificar algunos errores, debidos en gran parte a la corta edad (11 años) que yo tenía cuando ocurrieron los sucesos que voy a narrar.

Corría el año de 1829. Los habitantes de Antioquia que no habían tenido la desgracia de presenciar los sangrientos combates de la guerra de la independencia, fueron sorprendidos dolorosamente con la revolución encabezada por nuestro impertérito Gral. José M<sup>o</sup> Córdoba y justificada ya por la Historia de Colombia.

El movimiento revolucionario comenzó el día 8 de Septiembre del referido año, en la ciudad de Rionegro, a tiempo que el Coronel Francisco Urdaneta estaba en Medellín con el empleo de Comandante de armas. La noticia de este suceso llenó de consternación a los habitantes de esta ciudad, que hablaban de un combate que se libraría aquí, razón por la cual muchos empezaron a emigrar.

El Gral. Córdoba se dirigió hacia esta plaza con un puñado de hombres mal armados, algunos de ellos con cuchillos enastados en palos. Estos soldados no tenían otra fe que la que les inspiraba el valor de su caudillo.

El Comandante de armas contaba con 400 milicianos acuartelados en un edificio que se hallaba como a dos cuadras, al Norte, del Puente de Bolívar, en la calle del mismo nombre. (\*)

Los precedentes del Gral. Córdoba hacían temer, como he dicho, un acontecimiento desastroso, y todas las personas notables de Medellín hacían esfuerzos supremos para evitarlo. Como resultado de éstos se inició una negociación que, previas las conferencias del caso, se terminó en la *Quebrada-arriba*. Allí recibió el Coronel Salvador Córdoba la orden que le daba su hermano José M<sup>o</sup> de venir a la ciudad a recibir el cuartel, que se le debía entregar a la vez que se le daría al Coronel Urdaneta un pasaporte para dirigirse a la capital de la República.

(\*) Esa casa, según informes, estaba inmediata al punto en que el arroyo La Loba cruza la Carrera de Bolívar. Por eso fue llamado por mucho tiempo Puente del Cuartel, el que allí se construyó sobre dicho arroyo.

Al frente de la fuerza acuartelada estaba el Capitán Francisco Antonio Vélez, antioqueño. Este Jefe rehusó hacer la entrega del cuartel al Coronel Córdoba, lo que dio motivo a que entre ellos se preparase un combate singular; pero el Coronel Urdaneta, que tuvo aviso del hecho, fue en persona a dar la orden de que se entregase el cuartel.

Esto dio lugar a una discusión acalorada entre los Sres. Urdaneta y Vélez, discusión en la cual se tildaba por éste de cobarde la entrega. Al fin, el Capitán Vélez arrojó lejos de sí el sable que tenía ceñido y las insignias de su grado, y se retiró del cuartel. En el acto fue ocupado éste por los soldados del Gral. Córdoba.

Esta evolución fue el principio del Gobierno que se organizó para sustraer a la antigua Provincia de Antioquia de la obediencia al Gobierno Central, y pronto empezaron los aprestos bélicos con que debía sostenerse la reacción. El General Córdoba dirigió comunicaciones a varios Jefes distinguidos, residentes en diferentes puntos de la República, entre ellas una muy notable, que fue publicada, al benemérito Gral. José Antonio Páez. De esta nota se dijo desde entonces que fue redactada por el Sr. Dr. Mariano Ospina, que quiso correr la suerte del distinguido General que estaba al frente de la revolución.

Un acontecimiento doloroso vino a contristar los ánimos, y fue éste: los Oficiales Manuel Herrera y José Antonio Vélez, que aparentemente estaban al servicio de la revolución, se propusieron contrariarla sublevando en contra del Gral. Córdoba la fuerza que se había organizado. Entraba en el plan de aquéllos poner gran parte de las armas en manos de algunos ciudadanos que coadyuvaban la reacción, uno de ellos el Sr. Antonio Chavarriaga, hombre excepcional por su fuerza, agilidad física y destreza en los combates singulares, cualidades que lo hacían temible y que le daban mucha popularidad.

Los conjurados se reunieron en una *manga* de los Sres. José A. Muñoz y hermanos, situada al Norte del cuartel. Los Jefes de la conjuración estaban dentro del cuartel, asechando el momento de dar el golpe. Esto sucedía el sábado 26 de Septiembre de 1829.

El Gral. Córdoba comía tranquilamente, como a las siete de la noche, en su casa de habitación, situada a una cuadra hacia el Occidente de la Iglesia de San

Juan de Dios. Allí fue noticiado por el Teniente Nepomuceno Alzate, según se dijo entonces, del proyecto de conspiración, y el General, con la vivacidad que le era característica, salió inmediatamente, sin sombrero y llevando por única arma el cuchillo de mesa que tenía en la mano. Recorrió como nueve cuadras de distancia entre su casa y el cuartel, y penetrando repentinamente en el Cuerpo de Guardia, se hizo reconocer como el Jefe de la fuerza. Inmediatamente hizo poner en capilla a los Oficiales Herrera y Vélez, los cuales fueron pasados por las armas al día siguiente, domingo 27 de Septiembre.

Para que se comprenda la clase de hombres que eran estos Oficiales, referiré un hecho de que fueron testigos todas las personas que estaban inmediatas al lugar del suplicio, y es éste: Herrera, después de haber sido vendado, levantó la cabeza; por el pequeño espacio que dejaba la venda notó que entre los individuos que debían hacer la descarga estaba un soldado que no era veterano, y señalándolo con la mano derecha, dijo en voz alta: "retiren de la escolta ese recluta que no sabe tirar".

Continuaron con actividad los aprestos bélicos, por parte del General Córdoba, así como las disposiciones conducentes a debelar la fuerza que se sabía que el Gobierno Central estaba preparando para combatir.

Estas disposiciones eran esencialmente eficaces, a juicio de las personas entendidas, para triunfar del enemigo. Se levantaban trincheras en el alto del Páramo, hacia el Oriente del pueblo de Guatapé, en la seguridad de que las tropas enemigas abandonarían en el punto de El Trapiche el camino que conduce a San Carlos, y vendrían por El Totumo y Vijagual, debiendo pasar naturalmente por el puente de Balseadero. Personas comisionadas por el General Córdoba debían destruir dicho puente luego que hubiesen pasado las tropas enemigas para el interior de la Provincia, y así éstas quedarían privadas de los recursos que pudieran venirles y precisadas a estrellarse contra las inexpugnables trincheras del alto de Páramo.

Esta feliz combinación fue frustrada por causa de la noticia que tuvo de ella el enemigo: La fuerza invasora se dirigió, por sendas casi intransitables, al Distrito de Vaños para salir de allí, por El Santuario, a Marinilla.

Noticiado de esta evolución, el Gral. Córdoba movió su fuerza, y pasando por las poblaciones de Guatapé y El Peñol, llegó con ella al punto donde la *quebrada* del Chocho atraviesa el camino principal. Siguiendo por un camino que va por la margen de dicha *quebrada*, se encaminó al Santuario, donde fue acampada su tropa en la mañana del día siguiente a aquél en que la movió del alto del Páramo.

Cuando se preparaba algún refrigerio para los soldados que habían hecho esa precipitada marcha, se notó que el enemigo estaba tomando posiciones en una línea de circunvalación con que intentaba cortar el camino del Santuario a Marinilla. Se hizo indispensable tomar disposiciones definitivas y colocarse en situación de combate, y 300 hombres indisciplinados se vieron en el caso de soportar el ataque de un ejército como de 1,000 plazas que fue llamado "Columna de Occidente" y que estaba a órdenes del Gral. Daniel Florencio O' Leary.

Roto el fuego por una y otra parte, la oficialidad del Gral. Córdoba, compuesta en su mayor parte de jóvenes inexpertos en el arte de la guerra, ejecutó con bizarría las órdenes de su Jefe; pero en combate tan desigual no era posible esperar un desenlace favorable para la revolución. El mismo Gral. Córdoba fue herido en la refriega, y habiéndose retirado a una casa de tejas que había entonces a la derecha del camino que va de Marinilla para Santuario, en el valle donde está hoy la población, hizo en aquel punto una resistencia heroica hasta que, abrumado por la debilidad, se reclinó sobre una gran caja de madera que había en la casa, convencido quizá de que ya sus esfuerzos eran inútiles. A pocos momentos entró a la casa un oficial de la fuerza enemiga, llamado Ruperto Hand, quien dio de sablazos al Jefe ya postrado, causándole varias heridas mortales.

Tal fue el desenlace de esta revolución.

El Gral. Córdoba agonizante según unos, y muerto según otros, fue conducido inmediatamente a Marinilla, y mientras se preparaba la sepultura que se dio allí a su cadáver, fue colocado éste en la parte baja de la casa alta del Pbro. Gabriel M<sup>o</sup> Gómez, situada en la plaza principal.

Allí se veían todavía en el año de 1832 las señales de las charcas de sangre del héroe más valiente del pue-

blo antioqueño y quizá de todo el Continente americano.

Los restos del General ocuparon diferentes puntos y definitivamente fueron colocados el 20 de Julio de 1878 en el monumento que le decretó el Congreso Nacional, monumento que se halla en la ciudad de Rionegro.

Volviendo a los vencedores del 17 de Octubre de 1829, ellos ocuparon la capital de la Provincia, en donde se exigió un cuantioso empréstito a varios individuos que se consideraron adictos a la causa del General Córdoba; y por no haberlo satisfecho, fueron reducidos a prisión algunos ciudadanos, en número de 31. De éstos sólo recuerdo, por el momento, los nombres de los Sres. Juan Uribe Mondragón, Juan Santamaría, José M<sup>a</sup> Uribe Restrepo, Antonio Uribe Restrepo, Pedro Uribe Restrepo, Felipe Mejía, Carlos Escobar y Vicente B. Villa.

Poco después del desastre del Santuario llegó el "Batallón Callao", procedente del Valle del Cauca, a órdenes del Coronel Florencio Jiménez.

Un día trató de sublevarse la "Columna de Occidente" pretextando falta de raciones, y se habló de proyectos de asesinato de los 31 presos. El Coronel Jiménez se puso entonces al frente de su batallón y tomó medidas enérgicas para evitar el acontecimiento que se anunciaba.

En el curso de las averiguaciones relativas a este funesto proyecto, descubrió que cuatro Sargentos de su batallón simpatizaban con el pensamiento de causar tal asesinato, e inmediatamente los hizo poner en cacha, y luego fueron pasados por las armas.

Esta corta revolución que empezó el 8 de Septiembre y terminó el 17 de Octubre de 1829, fue fecunda en acontecimientos desastrosos, y mostró desde entonces los funestos caracteres de la exasperación de las pasiones políticas en la naciente República de Colombia.

Pluguiera al Cielo que las conmociones posteriores hubieran sido menos perjudiciales a la industria y al progreso de Colombia, a la seguridad individual y a las garantías de los asociados, y que un país que tan de buena fe buscó la libertad en sangrientas luchas con el poder español, no fuera contrariado en sus esfuerzos en favor de la paz y del orden general.

Su atento servidor y amigo,

HERMENEGILDO BOTERO